

4018 N.º 286 Mayo 20/63.

UNA HISTORIA EN UN MESON.

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

DE

DON NARCISO SERRA.

MÚSICA DEL MAESTRO

D. JOAQUIN GAZTAMBIDE.

*Representada por primera vez en el teatro de la
Zarzuela el día 5 de junio de 1861.*

MADRID:

IMPRENTA DE MANUEL DE ROJAS,
Pretil de los Consejos, 3.
1861.

UNA HISTORIA EN UN MESON.

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

DE

DON NARCISO SERRA.

MÚSICA DEL MAESTRO

D. JOAQUIN GAZTAMBIDE.

**Representada por primera vez en el teatro de la
Zarzuela el día 5 de junio de 1861.**

Esta obra es propiedad de D. José Serra y Ortega, quien
perseguita ante la ley á quien la reimprima ó represente sin
su permiso.

MADRID:

IMPRENTA DE MANUEL DE ROJAS,

Pretil de los Consejos, 3.

1861.

PERSONAJES.

ACTORES.

MARÍA, nieta de... Señorita D.^a Josefa Murillo.
LA ABUELA, mesonera. Señora D.^a Teresa Rivas.
JUDAS, escribano. Sr. D. Vicente Caltañazor.
JUAN, mesonero.. . . . Sr. D. Francisco Calvet.
EL CABALLERO DE PLESIS,
capitan de Dragones. 'Sr. D. Ramon Cubero.
BRUNO, padre de Judas. . . . Sr. D. Francisco Arderius.
UN MOZO DEL MESON.
ALDEANA 1.^a
ALDEANO 1.^o

Aldeanas, aldeanos, soldados y pages.

La accion pasa en un pueblecito cerca del Pirineo, el año 1724.

Sala grande de un meson; al foro puerta que sube á los cuartos. A la izquierda, la puerta de entrada en segundo término. En primero, torno y rueca de hilar. En tercero, una can tarera. A la derecha, en segundo término, una chimenea con su campana y fogon bajo; en primero, un retablo con dos velas apagadas. Cerca de él un sillón que tiene rodeado un rosario al brazo derecho. Belón, candiles, farolillos y muebles groseros.

Esta obra es propiedad de D. José Serra y Ortega, quien perseguirá ante la ley á quien la reimprima ó represente sin su permiso.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada.

Madrid 27 de abril de 1861.—El Censor de teatros, *Antonio Ferrer del Rio.*

AL

SR. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Mi querido y respetable amigo: No crea V. que se me oculta, al atreverme á dedicarle esta obrilla, que es ofrenda harto pobre y sobrado indigna de que se lea en su primera página el nombre del autor de LOS AMANTES DE TERUEL; pero, amigo mio, la he escrito en cuatro dias, en la época más azarosa de mi vida, con muchos dolores del cuerpo y no pocos del alma; por eso, porque está escrita con dolor, la tengo cariño, y porque la tengo cariño se la dedico á V., á quien siempre he debido amistad sincera y consejos sábios; acójala V. con su acostumbrada bondad, y tal vez en otra ocasion, con más acierto y mejor salud, pueda ofrecerle otra obra de más empeño su leal amigo y admirador

NARCISO SERRA.

SR. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUECH.

En querido y respetado amigo: No creo V. que se me oculte, al atenderme á dedicarle esta obra, que me ofrecida habrá podido y sobrado indicio de que se ha en su primera página el nombre del autor de Los Amantes de Teruel; pero, como más, lo he escrito en cuatro días, en la época más agitada de mi vida, con muchas dolores del cuerpo y no pocos del alma; por eso he querido escribirle con dolor, la más sencilla y por lo tanto sencilla y sencilla á V. y si quisiera siempre he debido, humildemente y tal vez cobardemente, decirle V. con su acostumbrada bondad, y tal vez en otra ocasión, con más acierto y mejor salud, pueda decirle que esta obra de más sencilla en todo cuanto y sencillez.

NARCISO SERRA.

ACTO UNICO.

ESCENA PRIMERA.

LA ABUELA, JUAN y BRUNO.

- BRUNO. Ya te lo he dicho una vez
y lo diré ciento dos;
y nó, dije á la primera,
y diré á las mil que nó.
¡Pues no me faltaba más!
- LA ABUELA. Bruno, por amor de Dios;
no seas bárbaro, y perdona
la fuerza de la espresion.
- BRUNO. A mi no me pongas motes;
ten entendido que yo...
- LA ABUELA. Si no es mote, no lo creas:
al contrario, es la opinion
más general en el pueblo
que tú eres...
- BRUNO. ¡Voto á brios!
- JUAN. Juan, tú que eres el marido,
hombre, métela en razon...
¡Razon! ¿Y la tienes tú
para despreciarnos?

BRUNO.

No

es que te desprecio á tí ;
no tengo tal intencion :
tú eres primo hermano mio
y te llamas como yo.
Pero di: ¿cómo se llama
tu mujer?

LA ABUELA.

¿Vuelta al sermón? (*Se sienta á hilar.*)

BRUNO.

Se la ha llamado *La Hallada*,
porque tu madre la halló
niña y dormida en un cuarto,
en que se alojaron dos
extranjeros mal vestidos
que llegaron al meson,
y la recojió tu padre.

JUAN.

Cierto: y tambien recojió
una bolsa, con la cual
cuando un fuego asolador
destruyó nuestra posada,
de nuevo se levantó;
y tu padre dió terreno
para construirla mayor.

BRUNO.

Por diez onzas y poder
disponer del portalon;
por eso quiero...

JUAN.

Mis padres,
téngalos en gloria Dios,
le dijeron al morir
que todo era suyo; y yo
que no tenia que darla,
la he dado mi corazon,
mi mano y me ha hecho feliz.

BRUNO.

Menos... menos cuando nó;
menos cuando viste un dia
puesto á sus pies un señor
que la besaba la mano...

LA ABUELA.

No tengas mala intencion;
Bruno, no seas bruto.

BRUNO.

¡Dale
con el mote! Esto es atroz.

JUAN. Tú mismo me lo contaste en el día.
 Aquello... (Sentándose.) Aquello pasó. (Levantándose.)

LA ABUELA. Era un anciano y tal vez una chochez; un error: en fin la cuestión no es esa; volvamos á la cuestión.
 Si tu hijo, y mi nieta, Bruno, se quieren con tanto amor, que es separarlos hacer la desdicha de los dos, si á mí me sobra caudal y nada te pido yo, y en todo el pueblo no encuentro quien tenga dote mejor, ¿por qué tú, terco que terco, te has de oponer á su union? Mira, la doy el molino,

BRUNO. No quiero. No hace caso de mi voz en

LA ABUELA. Un par de labor.

BRUNO. Nada.

LA ABUELA. El ganado lanar.

BRUNO. Ni por esas.

LA ABUELA. Y la doy

la dehesa y las colmenas, y la mesa con su tremol, y las cornucopias doradas, y las cortinas de algodón, y la colcha de damasco, y la daria, Señor, mi sangre, si la pidiera, por no ver su llanto.

BRUNO. No.

LA ABUELA. Anda, bruto.

BRUNO. ¡Dale bola!

Tengo nombre y soy quien soy, y mi hijo es quien es y es mi hijo, y su profesion de escribano le dá cierto carácter de hombre de pró,

y tiene un tío que fué
alguacil pesquisidor
y miembro del Santo Oficio,
que por cuanto hay bajo el sol
no consintiera un enlace
en donde existe el borron
de padres desconocidos
por parte de abuelo.

LA ABUELA.

¡Oh!

¡Pues el muchacho es alhajado
Pusilánime, lloron,
y luego llamarse Judas.

BRUNO.

¡Toma! Como que nació
en el día de ese santo.

En fin, mejor que mejor.

Así le quiere tu nieta

y él á ella, porque el bribón

llorando á lágrima viva

no hace caso de mi voz;

pero yo le curaré

á estacazos el amor,

porque es una de mis frases

persuasivas el baston;

y si hoy llegára la novia

que mi voluntad le dió

tuerta, pero más hidalga

que Rodrigo Calderon,

quiero que haya baile aquí

en el portal, porque yo

tengo derecho de usarle

segun cierta condicion

de la escritura de venta,

y habrá aloja y habrá arroz

con leche, y habrá...

LA ABUELA.

Animales

BRUNO.

estando

Pues señor,

no hay quien la saque del mote

lo dicho, dicho. Con Dios.

ESCENA II.

JUAN, LA ABUELA.

LA ABUELA. Juan, ¿vuelve la murria?
 JUAN. Pues;

y en harta razon la fundo;
 yo le grité á todo el mundo:
 «mirad un hombre á sus pies.»
 Y aunque ya de aquella historia
 han pasado treinta años,
 ves que vienen los estraños
 á refrescar mi memoria.
 Pasó mi imprudencia y vi
 qué insultaba tu inocencia;
 pero la maledicencia
 se acuerda mucho de mí.

LA ABUELA. Diga lo que quiera, Juan;
 si tú tienes satisfecho
 el corazon en el pecho,
 deja hablar al qué diran:
 mira el qué dirán con calma;
 de aquel lance lo que fué
 sabes que te lo juré
 por la salvacion de mi alma.
 Llamó aquel hombre, fui á abrir;
 del alazan se apeó:
 ¿qué quereis? le dije yo:
 «veros, antes de morir.»
 Muda de asombro quedé;
 respetuoso el anciano
 un beso me dió en la mano,
 montó á caballo y se fué:
 y bien satisfecho estás
 de que ni le habia visto
 antes, ni desde que existo
 he sabido de él jamás.
 Otra cosa es la que siento

que el qué dirán, á fé mía,
que...

JUAN.

Maria...

LA ABUELA.

Sí; Maria

se muere de sentimiento.

Es el amor á su edad

lo que el corazón nos llena,

y en amor mata una pena

mejor que una enfermedad.

JUAN.

Tú también la mimas tantora,

LA ABUELA.

Su pobre madre murió;

nuestra hija, y me la encargó

vertiendo mares de llanto.

¿No la tengo de querer?

y no quieres que me alija,

si es la hija de mi hija

que murió dándola el sér?

JUAN.

Tanto quiere á Judas.

LA ABUELA.

Sí;

ella quiere con exceso,

y eso es de familia. En eso

se parece mucho á mi

JUAN.

Mas si el padre no le deja

y la cosa se complica.

LA ABUELA.

Se nos morirá la chica.

JUAN.

Vamos, no te apures, vieja.

Espera en Dios, que unirá

á los séres que se aman.

Voz dentro.

¡Eh! ¡posadero!

JUAN.

Me llaman.

Por Dios, no llores. ¡Ya vá!

ESCENA III.

LA ABUELA.

Sí; trazas tiene aquel zote
de hacer nada racional!

cuando le llamo animal
 se figura que es un mote...
 Si el chico fuera valiente...
 Pero es tan lloron el chico,
 que por más que yo le pico
 se obstina en ser obediente.
 Su padre muestra desden
 hácia mi, porque no valgo
 lo que él como hidalgo; ¡hidalgo!
 ¡Si yo lo fuera también!
 Si yo viese algun resquicio...
 si aquel hombre... Nada, nada.
 Soy la pobre tia Hallada;
 no tengo ningun indicio.
 Lo que es que mi ser alienta
 sangre noble siento aquí;
 pero á mi nieta y á mi
 así no nos hace cuenta.
 Cuando me pongo á pensar
 en esto, me dá jaqueca...
 Mal haya esta vez la rueca,
 no tengo gana de hilar.
 Señor, dejádmela ver
 ser muy feliz con su amor.
 Si la hago feliz, Señor,
 ya no tengo más que hacer.
 Ella á mi sola se queja,
 y aun teme que yo la riña...
 ¡Pobre Maria, es tan niña!
 ¡Pobre de mí, soy tan vieja!
 Y es necesario idear
 un medio, no hay más remedio;
 si yo pensára algun medio...
 ¡Buena estoy para pensar!

*(Los últimos versos de esta escena los ha dicho durmiéndose para
 que al finalizar se quede traspuesta.)*

ESCENA IV.

LA ABUELA, MARÍA, *entrando con un cántaro que deja en la cantarera.*

Música.

MARÍA.

Por más que á la fuente vaya,
no quito el agua á la fuente:
con lágrimas de mis ojos
voy aumentar su corriente.
Harto lo siente
quien á la fuente vá,
y ¡ay! ¡que como la fuente
llorando está!
¡Pobre de mí,
que me miré en la fuente
y no me conocí!

¡Dichosa tú, abuela mia,
que te duermes junto al fuego;
yo vengo con agua fria
y aun con el agua me quemo!
Tu edad prudente
esa calma te dá.
¡Ay, de quien vá
á la fuente, y cual ella
llorando está!
¡Pobre de mí,
que me miré en la fuente
y no me conocí!

(Besa la mano á La Abuela y esta se despierta.)

Hablado.

MARÍA.

Buenas tardes.

LA ABUELA.

Rapazuela,
vén, dame un beso en la frente.

Hola; ¿vienes de la fuente?

MARÍA.

De la fuente vengo, abuela.

LA ABUELA.

¿Y son sus claros espejos
los que te hacen llorar?

MARÍA.

Yo...

LA ABUELA.

No digas ahora que nó.

MARÍA.

He visto á Judas de lejos.

LA ABUELA.

Esa inclinacion tan terca
un mal te traerá de fijo:
¿de lejos has visto al hijo?
Yo he visto al padre de cerca.

MARÍA.

¿Y qué?

LA ABUELA.

Nada; sigue así,

lo mismo que Dios le hizo,
tan animal, tan erizo...
y tan... tan...

MARÍA.

¡Pobre de mí!

LA ABUELA.

Vamos, ¡voto á Belcebú!

Si lloras así, me voy.

Házte cuenta que yo soy

una chica como tú.

Cuando han menester consejo

y es verdadero el cariño,

sienten el viejo y el niño

lo mismo el niño que el viejo.

Cuéntame, porque no sé

como enamorarte pudo

Judas, tan lloron, tan rudo

y tan...

MARÍA.

Pues ahí verá usted.

LA ABUELA.

No sé como en él está

puesto de tu alma el cariño.

MARÍA.

El amor es ciego y niño

y no sabe dónde vá.

LA ABUELA.

¿Tú tienes en la memoria

el como fué?

MARÍA.

Sí, por Dios,

abuela, y entre los dos

- hay una prenda pretoria.
- LA ABUELA. ¿Una prenda? A ver, á ver...
- MARÍA. Y me causa un sentimiento...
- LA ABUELA. Habla, María, al momento;
todo lo quiero saber.
Me dices que entre los dos...
Esto solo me faltaba;
y que tú sientes... acaba,
hija, por amor de Dios.
- MARÍA. Un año hará cosa así
el pastor de tu rebaño
se puso enfermo.
- LA ABUELA. Hace un año;
tienes mucha razon. Di.
- MARÍA. Yo, que de cristiano ardor
lección en tu alma aprendía,
de tardé al campo salía,
á ver como iba el pastor.
Sola, y pensando al acaso
corria al valle sin tino,
entreteniéndome el camino
cojiendo flores al paso.
Una vez y muchas fui,
y algunas me hizo rezar
el miedo de creer notar
pisadas detrás de mí.
En ello una vez pensando
volví la cara de pronto,
y vi á Judas como un tonto
que me miraba llorando.
¿Qué tienes? le dije: «Amor,
dijo, llorando más fuerte,
y es por ti y será mi muerte.
Doliame su dolor;
mas temiéndome engañar,
ni una esperanza le di;
él jurar que sí y que sí,
y yo dudar que dudar:
Judas, por calmar mis dudas,
un beso me dió á traición...

y me quemó el corazón,
 madre, aquel beso de Judas;
 No fué aquel beso de amor
 ni expresivo ni abrasado;
 fué misterioso y callado
 como el que se dá á una flor:
 Ni aun el viento que pasaba
 siquiera oírle podía,
 y yo en el alma sentía
 que en el alma le guardaba.
 Tras su ladrona victoria,
 temiéndose algún denuesto,
 «no temas, me dijo, esto
 es una prenda pretoria:
 quien bien ama, no obra mal;
 y en prueba de que te amo,
 pongo dentro de ese ramo
 esta promesa formal.»

Yo tomé el ramo, corri;
 temblando á casa llegué,
 y tanto mi enojo fué
 que en dos días no le ví;
 mas como el enojo merma,
 fui á ver al pastor al llano,
 y el pastor estaba sano,
 y yo, abuela, estaba enferma.

LA ABUELA. Vamos, no es tan grande el mal;
 un beso solo y robado,
 y con amor, si es pecado,
 es pecado venial.

MARIA. Yo lo tengo por esceso,
 porque enamorada y loca
 sentó en el alma y la boca
 que me palpita aquel beso;
 y de noche me desvela
 y por el día me agita,
 y sueño y color me quita.
 ¿Se puede olvidar, abuela?

LA ABUELA. Yo no sé, porque ya ves,
 como que yo no he tenido

más amor que á mi marido; y
 y fué mi marido. Pues,
 Justo es que á Judas le riña;
 aunque es tan bella tu cara,
 que casi le disculpára;
 ¡Eres tan hermosa, niña!
 Tu rostro alumbra el encanto
 que tu alma pura revela;
 ven, dale un beso á tu abuela,
 aunque no te guste tanto.
 ¿Judas no te dió un papel,
 una promesa?

MARÍA.

Verdad;
 mas como es menor de edad
 y su padre manda en él,
 y el padre es tan... tan así,
 como usted le llama.

LA ABUELA.

MARÍA.

Ya...
 El papel bien claro está,
 nunca se aparta de mí. (*Leyendo.*)
 «Niña, el amor que me empaña,
 la calma de mi alma empaña;
 te has hecho de mi alma dueña,
 y yo, temiendo tu saña,
 no te hice ninguna seña.
 Así por tí vivo mal,
 y mi disgusto moral
 anoche fué tan cruel,
 que juré al poder *papel*
 trasladártelo al *papel*.
 María, por tí me arrobo;
 dicha sin tí no concibo,
 y furioso como un lobo,
 aunque ves que *bebo* y *vivo*,
 vivo y bebo como un *bobo*.
 No al mirarme, niña hermosa,
 bajes la vista confusa,
 ni me esquives desdeñosa,
 porque entonces *será cosa*
 de marcharme á *Siracusa*.

No tengas ningún reparo
 en decir un «yo te quiero»;
 que no habrá en mi amor descaro,
 hasta que intervenga el clero,
 poniendo la boda en claro.
 Eres tú la mujer sola
 por la que mi pecho exhala
 el suspiro que le inmola,
 y antes me parta una bala
 que yo decirte una bola.
 Si me alivias de este peso,
 seré tu esclavo sumiso;
 mi debilidad confieso,
 por si es que juzgas preciso
 que yo me forme el proceso.
 Verás, si algún día llega
 en que el amor tu alma liga
 á este que su alma te entrega,
 que no fué ninguna ortiga
 para ti, Judas Ortega.»

Música.

Esta, madre, es la carta;
 su fé confiesa:
 pero ¿de qué me sirve
 tanta promesa,
 si entre ellas vino
 á ponerse lo negro
 de mi destino?
 Nietecilla del alma,
 no tengas duda,
 que á los que bien se quieren
 Dios les ayuda.
 Niña hechicera,
 pues tú vives y él vive,
 ama y espera.
 Niña que tiene amores
 vive sin calma,
 y vierte en los suspiros

LA ABUELA.

flores del alma;
y hoja por hoja
nunca falta un mancebo
que las recoja.
Pensando en mis amores
vivo sin calma,
dando al aire en suspiros
flores del alma;
y ni una hoja
le llevará á mi amante
que la recoja.
¡Siempre en querella
con esta historia,
recuerdo aquella
prenda pretorial!
No la renueves,
déjala estar,
que no la debes
de recordar.
M.^a y LA ABUE.^a Nadie diga sin mentir
que domina su pasión;
ni se nace sin llorar,
ni se vive sin amor;
que es un eco celestial
que en el alma puso Dios,
y tras el amante, va
agitado el corazón.

Hablado.

LA ABUELA. Vamos, ¡fíate de mí!
y cuando te digo yo...
si dijo Bruno hoy que no,
dirá mañana que sí.
¡Uy! Judas entra.
MARÍA. ¡Ay, qué miedo!..
Nada, no lo quiero ver,
me voy corriendo á esconder.
LA ABUELA. Anda.
MARÍA. ¡Ay, madre, si no puedo!

ESCENA V.

JUDAS, MARÍA y LA ABUELA.

LA ABUELA. ¿A qué vienes aquí?
 JUDAS. (*Llorando.*) ¡Ay misero!
 LA ABUELA. Si entras ya vertiendo lágrimas...
 JUDAS. Deje usted que corran súptas
 porque no son de farándula,
 y ver cómo llora un prójimo
 es cosa que causa lástima;
 tengo las pupilas húmedas
 porque arde de amor la lámpara
 dentro del pecho, y consúmeme
 el interior y la cáscara.
 Mi padre me quiere ó célibe,
 ó que me case con Bárbara,
 vecina del pueblo próximo,
 que tiene un ojo con mácula,
 y yo con todo mi espíritu
 adoro á esta jóven cándida,
 y *ante mí* con fiel propósito
 la escrituré boda plácida.
 Mi padre es un hombre intrépido
 que tiene una vara mágica,
 que con una fuerza atlética
 dibuja en mi matemáticas.
 Yo que no quiero ser víctima
 de su voluntad tiránica,
 ni cual mi tocayo bíblico
 dar un beso y ser un trápala,
 de los lares pátrios fúgome,
 pues quiere mi estrella pálida
 que antes me canten la antifona
 que lograr union simpática,
 y me irá á tierras recónditas
 donde en ignorada lápida
 despues del mortal artículo

irá á descansar mi máquina.
 Mas antes quiero que el ídolo
 por el que padece el ánima,
 sepa que conservo incólume
 toda mi pasión volcánica,
 y no violaré el depósito
 aunque me avéciné en África,
 en donde es costumbre lícita
 mudar mujer como elástica.
 Dije, y abur.

MARIA.

Se va... En yéndose
 me muero.

LA ABUELA.

Te mueres... ¡Cáspita!

Judas, si no eres estúpido,
 pon seria la cara, lánguida,
 y apresta una vez el ánimo
 y sé hombre y amante, y gánala.
 Bien esos labios de púrpura
 y esa casta frente diáfana,
 y esa mirada dulcísima
 vale una lucha titánica.
 Te piden boda, resistela;
 destruye una vez la cábala,
 y fia en leyes justísimas,
 y espera tu tiempo, y ámala.

¿Cuál era de irté el propósito?

JUDAS.

Morir.

LA ABUELA.

Es fúnebre práctica.

JUDAS.

Debe estar la guerra próxima,
 cuando entre pólvora y cháchara
 tantos soldados estiéndense
 por estas montañas ásperas.
 Allí hay muchos en el pórtico.

LA ABUELA.

¿Aqui? Súbete á la cámara,
 porque esa gente no es tímida,
 y á fuerza de saber táctica...

MARIA.

Adios, mi bien. (*Llorando.*)

JUDAS.

(*Llorando.*) Adios, tórtola.

Aunque mi padre es un sátrapa,
 yo procuraré... ¡ay!

MARÍA.

LA ABUELA.

¡Ay! (*Suspirando.*)
Déjala,
y háblale á Bruno sin máscara.

ESCENA VI.

JUDAS, solo.

Que le hable á mi padre... Eso
es muy fácil de decir...
¡Pero si es, Dios me perdona,
lo mismo que un javalí!
¡Y luego, cuando enarbola
aquella vara incivil...
dá con mi energía al traste
y digo á todo que sí.
No hay hombre más desdichado
desde Strasburgo á Pekin...
Si soy buen hijo, y practico
la doctrina que aprendí,
pierdo la posesion dulce
de mi humano serafín;
y si su posesion logro
pruebo que soy hijo vil...
y... ¡vamos! de ningún modo,
yo no puedo ser feliz.

Música.

Por tus ojos, prenda mia,
mi osadía será tal,
que las iras arrostraría
de la vara paternal.
Si es mi padre porfiado
un soldado de mi hará,
y tu amor se vá á la guerra,
y no sé si volverá.
Porque aquel beso que te robé,

robado y todo me supo á miel;
y si pudiera con la intencion,
todos los dias fuera ladron:
y no te estrañe tanto valor,
que esos milagros los hace amor;
porque aquel beso que te robé,
robado y todo me supo á miel.

ESCENA VII.

JUDAS, *el* CABALLERO *y el* Mozo.

Hablado.

Mozo.

Pasad, señor capitan:
voy á encender el candil
y el velon, y á pñner otro
en el cuarto que pedis. (*Enciende luces.*)
¡Calla! No está el ama... yo
pensé que estaria aqui...
No tendreis que esperar mucho,
que no tardará en venir,
pues no sale de la casa,
de la iglesia ó del jardin,
ó en fin, donde quiere.

ESCENA VIII.

JUDAS *y el* CABALLERO.

CABALLERO.

Este otro (*Por Judas.*)

parece menos cerril.

¡Ah! Villano.

JUDAS.

¿Es á mi?

CABALLERO.

Claro.

JUDAS.

Pues no debe ser á mi;
soy escribano.

CABALLERO.

Bien, sea
escribano ó alguacil,
para mi es lo mismo.

JUDAS.

(Este señor es un puerco-espín...
; Cómo le tratan á uno
porque le ven á uno así!...) (Llorando.)

CABALLERO.

Vos, que sabreis bien la historia
de esta comarca ruin,
y estareis muy enterado,
podréisme muy bien decir
si es aquí feliz La Hallada.

JUDAS.

Es feliz y no es feliz...
Vamos, lo mismo que yo...

CABALLERO.

No hablo de vos.

JUDAS.

Pues yo sí;

porque entre yo y esa abuela
nunca hubo pan que partir,
y me ha dado más rosquillas
cuando era yo chiquitín...
Era yo entonces muy mono.

CABALLERO.

Mucho ha cambiado el perfil.

JUDAS.

Se la quiere, se la estima
por el pueblo; pero, en fin,
como que no tiene padre, y
madre, ni pariente, ni...
hay quien la desprecia y la...

CABALLERO.

Si le conoceis, decid
al que la desprecia...

JUDAS.

¿Qué?

CABALLERO.

Que hace mal, y creedme á mí.
(Vamos, no llego á mal tiempo,
se la podrá persuadir.)

ESCENA IX.

JUDAS.

¿Y qué se le importa á él?..
Este hombre tiene misterio...
justo; pero como es
misterioso, no le entiendo.
¿Qué idea! Si, él me ayudará

á hablar á mis padres récio ;
 «que hace mal quien la desprecia,»
 ha dicho... Bien lo recuerdo ;
 luego mi padre hace mal,
 luego yo hago bien, y luego...
 yo quiero ver á mi padre.
 ¡ Uy ! que viene aquí. Soy muerto.

ESCENA X.

JUDAS y BRUNO.

BRUNO. Bien seguro estaba yo
 de hallarte por acá dentro.
 JUDAS. Estoy donde debo estar.
 BRUNO. ¿No te he dicho que no quieró
 que en casa de esta mujer
 pongas los piés ?
 JUDAS. Chist...
 BRUNO. ¿Qué es eso,
 á mi te vienes con chist ?
 JUDAS. Chist... Chist...
 BRUNO. Judas, que te pegó...
 Hijo, no seas rebelde.
 JUDAS. Padre, no sea usté mostrenco.
 No hable usted ya de La Hallada
 sino con mucho respeto,
 porque hay un misterio...
 BRUNO. ¿Qué?...
 JUDAS. Repito que hay un misterio.
 BRUNO. ¿Y á mi que me importa ?

ESCENA XI.

Dichos, JUAN y el CORO.

JUAN. Primo,
 te vienen buscando estos

para darte una noticia;
que yo voy á ver si encuentro
las mujeres en su cuarto,
y que no salgan.

BRUNO.

¿Qué es ello?

JUAN.

Que te sales con la tuya.
¡Qué tenaz eres, qué terco!

ESCENA XII.

JUDAS, BRUNO y coro de aldeanos y aldeanas.

Música.

BRUNO.

¡Qué es lo que ocurre,
por Barrabás!

CORO.

Llega la novia
que á Judas das;
la enhorabuena
recibirás.

BRUNO.

Bárbara llega;
te casarás.

JUDAS.

A mi desdicha
no falta más.

CORO.

Escucha y sabe
lo que pasó;
ahora un vecino
nos lo contó,
que en el camino
se la encontró.

Venia en su pollina

la novia tuerta,
y al pasar por las bardas
de cierta huerta,
el animal,
¡qué desconsuelo!

se arrojó al suelo
 como un costal,
 porque la burra
 se enamoró
 de un burro negro
 que la llamó;
 y sin vencerse
 la inclinacion,
 cedió al impulso
 del corazon.
 Tras de la burra
 corre el hermano,
 corre que corre
 y corre en vano;
 la tuerta dice
 yo no sé qué,
 y cojeando
 se viene á pié.
JUDAS. Se ha roto el alma...
 ¡Cuánto me alegro
 de los amores
 del burro negro!
BRUNO. Bárbara llega;
 te casarás.
JUDAS. Si es, sobre tuerta,
 coja además...
CORO. La enhorabuena
 recibirás.

ESCENA XIII.

Dichos, LA ABUELA, MARÍA y JUAN.

BRUNO. Te digo que sí y que sí.
JUDAS. Yo digo que nó y que nó,
 y me sostengo en lo dicho;
 Dios me dará su perdon
 por esta desobediencia

- que me aconseja el amor.
Mas me sostengo en lo dicho.
- BRUNO. Judas, que agarro el baston.
- JUDAS. Aunque agarre usted una lanza;
hoy tengo un génio feroz,
porque hay un misterio...
- BRUNO. ¡Hola!
(Viendo á las mujeres.)
¿Estábais aquí las dos
para poner al muchacho
en abierta rebelion?
¡Digna accion de quien no sabe
el padre que la engendró!
- JUAN. No la insultes, que si pierdo
los estribos, voto á brios,
que á pesar de ser mi primo,
te confirmo...
- BRUNO. ¿A mí tú?
- JUAN. Yo.
- LA ABUELA. No, Bruno, yo te suplico...
- JUDAS. Y yo, padre.
- MARÍA. Si, los dos.
- ALDEANO 1.º La razon la tiene Bruno.
- ALDEANA. Los chicos tienen razon.

ESCENA XIV.

Dichos, el CABALLERO.

- CABALLERO. Alto y silencio, canalla,
y no suene ni una voz,
ni haya una mirada altiva,
y fuera el sombrero vos;
y al que no guarde á esta dama
todo el respeto que yo,
le recetará mi gente
á cuchilladas la uncion.
Aquí los míos.

ESCENA XV.

Dichos, soldados y pajes con hachas encendidas.

LA ABUELA.

¡Soldados!

¿Qué buscáis aquí, señor?

CABALLERO.

A vos os busco, señora,
cumpliendo la alta misión,
legado de la familia
de la que heredero soy.
Nieto soy del noble anciano
que en este lugar os vió,
y os traigo intacto el depósito
de una historia de dolor

(Saca una cajita de oro sellada.)
que en un lienzo vuestro padre

ya moribundo trazó,

el cual con todo misterio

mi muy noble antecesor

Armando Juan de Plesis,

cardenal, firmó y selló.

Luis catorce ha muerto ya

y puedo hablar sin temor;

su nieto Felipe quinto

ocupó el trono español,

que cedió á don Luis su hijo

en solemne abdicacion.

Ha muerto ayer Luis primero,

llegó, pues, vuestra ocasion;

Felipe quinto no puede

reinar, porque ya abdicó,

y una junta de teólogos

ha declarado que nó.

Huérfano el sόlio, señora,

por dominar su esplendor,

se hará pedazos, cojiendo

cada partido un giron.

Evitadlo vos, señora,

sabed de una vez quién sois,
y pues es para ese trono
vuestro derecho el mejor,
romped los lazos que os ligan,
y venid á reinar.

TODOS.

¡Oh!

(El Caballero salta el sello de la cajita á un golpe de daga. La Abuela saca un lienzo con tres sellos de metal.)

CABALLERO. Partidarios tendreis muchos.
Venid, señora.

MARÍA. Por Dios
no nos dejes.

BRUNO. (Y yo, bárbaro...
voy á enmendar el error.)
Si vuestra... si su Eminencia
me perdona... porque yo,
ya puedes hacerte cargo...
con la mejor intencion...
En fin, si los chicos se aman,
yo recibo mucho honor...
y por lo que toca al mote
tenia usia razon.

JUDAS. (Padre dice ahora que si, (Llorando.)
y ella dirá ahora que nó.)

JUAN. Huérfana y sola os amé:
si á pesar de nuestra union
me abandonais á mi suerte
buscando suerte mejor,
cuanto hay aqui os pertenece,
cuanto he recibido doy.
Si te vas... Si os vais, señora,
¿para qué quiero el meson?

MARÍA. ¡Ay, si mi madre viviera!

LA ABUELA. Me parten el corazon.
¡Yo dejaros! ¡nunca, nunca!

BRUNO Y CABALLERO. ¿Qué dice?

LA ABUELA. Digo que nó.

CABALLERO. Leed, señora, y pesad bien
cuál es vuestra obligacion.

LA ABUELA. Espero cumplir con ella
 con la ayuda del Señor.
 «Es cuanto voy á escribir, (*Leyendo en el pliego.*)
 bajo fé de juramento;
 Dios me castigue si miento,
 y estoy cercano á morir.
 Hija, yo que te amo tanto
 y te lloro desterrada,
 no te puedo legar nada
 mas que una historia de llanto.
 Consévala en la memoria,
 y perdona cual perdono
 al rey que te roba un trono
 por ocultar esta historia.
 Fué mi delito en el mundo
 nacer de un trono heredero,
 siendo engendrado el primero,
 siendo nacido el segundo.
 La reina en la régia estancia
 me dió á ver la luz del día,
 horas despues que ya habia
 jurado Delfín la Francia.
 En un oculto confin
 escondiéronme, no en vano,
 temiendo que en mí ó mi hermano
 brotára un nuevo Cain.
 Fué presentimiento fiel:
 el rey Luis trece murió;
 Luis catorce es Cain, y yo,
 para mi martirio, Abel.
 Sumido en perpétuo encierro
 no tengo pátria ni nombre,
 cara ni sol; soy el hombre
 de la máscara de hierro.
 Máscara que, á no dudar,
 pusieronme en un letargo,
 y fuerza y tiempo tan largo
 no la han logrado arrancar.
 De prision en prision fui;
 en una de ellas me halló

tu infeliz madre, y me amó:
 tuvo compasion de mí.
 Dios premie la compasion
 de la que hizo mi fé fuerte,
 y me evitó darme muerte
 en mi desesperacion.
 Dios la premie el alborozo
 que su sonrisa me daba:
 el único sol que entraba
 en mi negro calabozo.
 Por esa santa mujer
 debemos rezar los dos:
 ella es mi esposa ante Dios,
 y ha muerto dándote el ser.
 Yo, por mitigar mi duelo,
 rogué al cardenal que hizo
 tu misterioso bautizo,
 que te llamára Consuelo.
 La mar, que mi cárcel baña,
 te lleva sobre sus olas
 á las playas españolas;
 ¡que Dios bendiga la España!
 Ella tu patria será,
 tu madre y tu porvenir;
 que yo me siento morir
 y tú eres huérfana ya.
 Muero, y juro en mi agonía,
 aunque otros digan que no,
 que el Rey de Francia soy yo,
 y tú eres mi hija, hija mía.
 Guie la brisa á tu lecho
 este beso de mi amor,
 que lleva todo el calor
 que yo tenia en el pecho.
 Adios. Mi alma se vá en pos
 de otra que la llama al cielo:
 Adios, Consuelo, Consuelo;
 adios, hija mía, adios.

*(Rompe á llorar. El Caballero, después de un momento de pausa,
 besa una de las puntas del lienzo.)*

CABALLERO. Y entre dos flores de lis
impreso sobre metal,
el sello del cardenal
Armando Juan de Plesis.
Donde ese sello aparece
está la verdad escrita;
y pues él os acredita
como nieta de Luis trece,
ved si es una idea loca
la que mi brazo sustenta;
ved si del rey por parienta
el trono vacante os toca;
ved, en fin, si esta nacion
estais llamada á rejir.
¿Qué decis?

LA ABUELA. ¿Qué he de decir?
Que me quedo en el meson.
Cuadre á Felipe ó no cuadre,
que recobre el cetro es ley,
que es una nacion sin rey:
una familia sin padre.
Si un juramento su mano
no deliene y no le toma,
hay un Pontífice en Roma
que aconseje á un rey cristiano.
A él acudid y no á mi,
que nada en el mundo valgo,
y él es quién es, y por algo
Dios puso su silla allí.
Y nadie en mi forme queja,
porque á reinar no me avengo.
Yo, pobre de mi, no tengo
mas que chocheos de vieja.
Mal pudiera resolver
un negocio árduo y prolijo
una reina, que de fijo
se duerme al anochecer.
Mal pudiera una nacion
gobernar tan aguerrida,
quien vá arrastrando la vida

- apoyada en un bastón.
 De mi padre la memoria
 será mi dorado trono;
 como mi padre, perdono
 y escondo mi ejecutoria.
 Mis pensamientos son fijos
 y no atiendo á más consejos;
 y por Dios, pronto, idos lejos,
 que están temblando mis hijos.
- CABALLERO. ¿Hijo de vuestro vasallo,
 mi juramento cumplí
 como caballero?
- LA ABUELA. Sí.
- CABALLERO. Me decís, «lo quiero,» y callo.
 Mas si no quereis reinar,
 ¿nada quereis?
- LA ABUELA. Nada quiero.
 Repleto tengo el granero
 y mucho lino que hilar;
 y al ver que es tanto y tan fino
 y mi vida de partida,
 pienso que acaba mi vida
 antes de acabar el lino.
 Idos, Señor; ¡es tan tarde!...
- CABALLERO. Os obedezco. (Esta vieja
 merece el trono que deja.)
 Guardeos Dios.
- LA ABUELA. Que Dios os guarde.

ESCENA XVI.

Todos, *menos el CABALLERO y los suyos.*

- BRUNO. ¡Ah! ¡Qué sacrificio, Hallada!
- LA ABUELA. Consuelo: ya tengo nombre.
- MARÍA. Ya monta á caballo el hombre.
- LA ABUELA. Que tenga feliz jornada.
 (*Rodeándose de su familia.*)

Vuestra dicha es mi ambicion,
 mi reino vuestra quietud,
 mi corona tu virtud, (A Maria.)
 mi trono mi corazon.
 ¿Y Bárbara? (A Bruno riendo.)

BRUNO.

Como pueda,
 que se vuelva en su borrica.

JUDAS.

¡Ay! ¡Ahora esa pobre chica,
 qué desairada se queda! (Enternecido.)

LA ABUELA.

Lloras, siendo novio y mozo...
 Pues si no te alegra el paso.

JUDAS.

No me hagan ustedes caso,
 es que ahora lloro de gozo.

LA ABUELA.

Tu novio me desespera
 con ser tan sensible, y tanto,
 que á fuerza de verter llanto
 ese hombre es una gotera.

TODOS.

Que tome ejemplo de mi
 que por lo que me acomoda
 pienso bailar en tu boda.
 ¿Hago bien, chicos?

Si, si,

Música.

CORO DE MUJERES.

La enhorabuena
 cordial reciba,
 la enhorabuena
 de sus vecinas.
 Siempre fuimos nosotras
 buenas amigas.

CORO DE HOMBRES.

Enhorabuena,
 lo mismo digo,
 la enhorabuena
 de sus vecinos.

Siempre fuimos nosotros
buenos amigos.

(Cesa el coro, y todos los versos hablados se dicen durante un ritornello, que dura hasta el coro final.)

Hablado.

LA ABUELA. Vereis como la funcion
animo, si es necesario.

(Suená una campana á lo lejos que toca al rosario. Todos los actores hacen lo que dicen los versos.)

MARÍA. El rosario.

LA ABUELA. Si, el rosario;
hijos, á la devocion.
Juan, el sillón para el rezo.
María, alumbra el altar.
Judas, anima el hogar.
Rodeadme todos. Empiezo.

(La llama de la hoguera alumbra la figura de La Abuela. Los jóvenes se arrodillan delante: los ancianos se inclinan detrás de este grupo. La campana vuelve á sonar. La orquesta preludia la plegaria.)

Así, cruzadas las manos,
la gracia divina venga
á nuestras almas. Hermanos,
(Cogiendo el rosario del brazo del sillón.)
porque Dios la paz mantenga
entre los reyes cristianos.

CORO FINAL.

Rey de los reyes,
Dios verdadero,
dad á quien rije
cristianos pueblos,
paz en la tierra,
gloria en el cielo.

FIN DE LA ZARZUELA.

POST-SCRIPTUM.

Razones de conveniencia teatral han hecho variar las últimas escenas, desde la XIV hasta el desenlace; escoja el lector ó el empresario de provincia el que menos mal le parezca de los dos finales.

N. S.

ESCENA XIV.

DICHOS, *el* CABALLERO.

CABALLERO. Alto y silencio, canalla;
que no sabeis, vive Dios,
cuando hablais, con quién hablais,
y hablais porque teneis voz.
Buscándoos vengo, señora,
cumpliendo una alta mision:
nieta soy del noble anciano
que en este lugar os vió,
y cumplo con un deber
al daros á elejir hoy
entre vuestro estado humilde
y otro, de tal condicion,
que tan solamente el Rey
puede tenerle mejor.
Noble sois como el que más;
pero para ser quien sois,
fuerza es que dejeis de ser
lo que habeis sido hasta hoy:
si vos rompeis vuestros lazos
aquí está vuestro blason;
yo mi juramento cumplo:
elejíd entre los dos.
Victima de los partidos
y de un desdichado amor,
de la más ilustre raza
sois el último eslabon.
Aquí las pruebas están;
vedlo: ¿qué me decís?
(*Dándola un pliego cerrado.*)

MARÍA.

¡Oh!

¡No nos dejes!

BRUNO.

(Era noble;

voy á enmendar el error.)
Señora, yo os despreciaba

con la mejor intencion;
pero siendo noble... pues...
yo recibo mucho honor.

JUDAS. Y ahora dice usted que sí;
y ahora dirá ella que nó.

JUAN. Huérfana y sola os amé;
si á pesar de nuestra union
me abandonais á mi suerte
buscando suerte mejor,
sí eso quereis, que no sea
un estorbo mi dolor.

MARÍA. ¡Ay, si mi madre viviera!

LA ABUELA. Me parten el corazon.

¡Yo dejaros! ¡Nunca, nunca!

CABALLERO. ¿Qué decis?

Digo que nó.

LA ABUELA. Vuestro padre es...

CABALLERO. (Con timidez.) Caballero,

LA ABUELA. no me le nomeis por Dios,

que bien puede permitirme

quien tanto me abandonó,

que siga siendo La Hallada

mesonera en mi meson.

CABALLERO. Ved que dejais la fortuna.

LA ABUELA. Es que aquí tengo el amor;

es la dicha de mis hijos,

mi único rayo de sol.

CABALLERO. Si esa es vuestra voluntad,

cúmplase vuestra elección;

y muera con estas llamas

(Quemando los papeles.)

este secreto de honor,

que pudiera un nombre ilustre

cubrir de eterno borron;

Mucho valeis, buena vieja,

vos que del amor en pos

hollais el rico palacio

por el humilde meson:

de rodillas os debiera

mirar el que os ultrajó;

yo, caballero y soldado,
 os tengo veneracion:
 Dios os juzgará en su día.
 Dios os guarde.

LA ABUELA.

Guárdeos Dios.

ESCENA XV.

Todos, *menos el CABALLERO.*

- BRUNO. ¡Ah! ¡Qué sacrificio, Hallada!
 Dejar un ilustre nombre...
- MARÍA. Ya monta á caballo ese hombre.
- LA ABUELA. Que tenga feliz jornada.
(Rodeándose de su familia.)
 Vuestra dicha es mi ambicion;
 mi estado, vuestra quietud;
 mi corona, tu virtud; *(A María.)*
 mi escudo, mi corazon.
 ¿Y Bárbara? *(A Bruno riendo.)*
- BRUNO. Como pueda
 que se vuelva en su borrica.
- JUDAS. ¡Ay! ¡Ahora esa pobre chica,
 qué desairada se queda! *(Enternecido.)*
- LA ABUELA. Lloras siendo novio y mozo...
 pues si no te alegra el paso...
- JUDAS. No me hagan ustedes caso,
 es que ahora lloro de gozo.
- LA ABUELA. Tu novio me desespera
 con ser tan sensible, y tanto...
 que á fuerza de verter llanto,
 ese hombre es una gotera.
 Canta.
- JUDAS. Apenas puedo hablar;
 tal me hace el amor cosquillas:
 mas hablaré en seguidillas,
 que eso equivale á cantar.
 Idolatrada prenda
 del alma mia,

oye mi cantinela,
 dulce María:
 porque tu abuela
 me manda que recite
 mi cantinela.

María, si celoso
 por tí me veo,
 voy á pasar de *Escriba*
 á Fariseo:

y si ahora lloro,
 es solo de ternura
 porque te adoro.

Olvida en siendo esposa
 aquel esceso,
 en que por descuidada
 te robé un beso:
 y no te olvides
 de que puede ser malo
 que te descuides.

MARÍA.

Si amor hablando, Judas,
 te hace tan diestro,
 cuida luego no vendas
 á tu maestro:

Todas mis dudas
 son por si de casado
 Judas es Judas.

Mira que el daño mio
 será tu daño....

JUDAS.

Cuéntaselo á tu abuela
 si yo te engaño.

MARÍA.

Viva mi abuela...
 qué bien que me ha sabido
 la cantinela.

FIN DE LA ZARZUELA.



